

Mujeres, cambios y **periódicos**

Eulàlia Lledó Cunill. Lingüista

HACE TIEMPO QUE SABEMOS
QUE CUANDO HABLAMOS DE
INFORMACIÓN LA OBJETIVIDAD
ES POCO MENOS QUE UNA
QUIMERA



■ Cuesta sentarse y ponerse a pensar con la intención de intentar resumir en unas pocas líneas algo de lo que pasó, de lo que se dijo, en las intensas horas y en las inmensas (que no alargadas) mesas del Seminario, de todo lo que disfrutamos en el hermoso paraje de San Millán, en una primavera que quitaba los sentidos porque los colmaba todos; Suso, plácido y vigilante, arriba; el rumoroso río que cimbreaba chopos y esparcía vilanos, abajo; la nieve, como en un cuento, reverberando en lo alto de los montes; paseando entre tanta sabia piedra. Acompañada por estos recuerdos, lo intento.

Emoción y objetividad

Mi intervención en el Seminario fue doble. Por una parte, intervine en la mesa «Lenguaje y mujer en los medios de comunicación», donde me interesó, sobre todo, destacar los cambios que se detectan en el lenguaje periodístico cuando este habla de las mujeres, es decir, de qué formas las visibiliza y/o las valora. Por otra parte, participé en la que indagaba sobre los cambios en una mesa de controvertido título: «¿Hay que forzar el cambio?».

Hablaré, pues, de algunos de los cambios que se detectan en los medios de comunicación, concretamente en la prensa, y con ello ligo mis dos intervenciones.

Hace tiempo que sabemos que cuando hablamos de información la objetividad es poco menos que una quimera; incluso nos podríamos preguntar si es deseable. Pienso, por ejemplo, en la necesaria implicación afectiva que mostraban las y los locutores cuando informaban sobre los atentados terroristas del 11M o, un poco antes, en el 11S. ¿Quién hubiera admitido un relato lejano y desapasionado sin rastros de empatía con las víctimas, carente de emoción, que no juzgara el crimen?

En este sentido me parece interesante remarcar de qué manera un simple adjetivo, un solitario adverbio, pueden sesgar determinadas informaciones. Por ejemplo, en una noticia del diario *El Mundo* de septiembre de 1997, había un titular que decía: «Los malos tratos acaban en *meros* juicios por faltas», en ella, el «meros» que he marcado en cursiva es toda una declaración de principios acerca de que este delito solo fuera –en aquel momento– considerado falta.

Lo mismo ocurre con el adverbio que aparece en el titular de una información aparecida un mes más tarde en *Diario 16*: «Alta médica para la jiennense a la que su ex marido golpeó *brutalmente*», así como con el que hay en el cuerpo de la noticia: «Por otro lado, su ex marido *únicamente* deberá presentarse los días 1 y 15 de cada mes en el juzgado de Alcaudete». No hay ninguna duda de que quien informó, tomó decidido partido por la víctima; no creo que nadie pudiera recriminárselo.

Como analizadora de noticias de maltratos contra las mujeres, tengo que decir que si algunas noticias han cambiado sustancialmente, son las que se refieren a esta lacra, a este tipo de crimen. Como caso emblemático citaré que la expresión «crimen pasional» está dejando de golpear doblemente a las mujeres que los sufren.

De todos modos, y ahora hablaré más del contenido que de las formas de concretarlo, no estará de más recordar que hay un sesgo que presenta a las víctimas como seres pasivos y que agrava, además, esta presunta incapacidad, silenciando casi siempre otros aspectos del entramado que forman las vidas de estas mujeres: en qué trabajan, qué oficio tienen, qué han estudiado...

Abriré un inciso para decir que la presentación de las mujeres como seres pasivos y de los hombres como entes activos no es solo una tendencia en los medios. Se hallan en ámbitos tan alejados como la publicidad, los libros de texto, los diccionarios, etc. (respecto a estos últimos, cuando finalizó el Seminario, no creo que nadie dudara de la necesidad de modificarlos, especialmente los normativos, tanto se alejan de la realidad). En el mismo Seminario hubo otras manifestaciones de este doble rasero en el momento de ver, de enjuiciar, a mujeres y hombres. Recuerdo, por ejemplo, que cuando se hablaba de algunos aspectos que la prensa o los medios no tratan muy bien, se justificaba por la necesidad de tener audiencia, por las servitudes del dinero, del negocio; en cambio

cuando se hablaba de que en la prensa dedicada a las chicas, por ejemplo, trabajaban muchas periodistas, había una cierta tendencia a verlas como enemigas de las jóvenes o de ellas mismas, sin analizar, por ejemplo, si, como en el caso anterior, tenían margen de manobra para decir lo que ellas realmente querían, si se debía a las mismas causas.

Cierro el inciso y vuelvo a los cambios: apunta también en la prensa, en sentido contrario, ahora en positivo, una tendencia cada vez mayor a dar voz a las mujeres, a las expertas, cuando se relatan maltratos, cuando se reflexiona sobre estos crímenes; hace no mucho tiempo, raramente sucedía.

Forma, contenido y cambios

A continuación me entretendré en algunos cambios más generales. Se podría pensar que estoy hablando de la forma, pero estoy segura de que a través de ella se sirve un contenido u otro; es decir, las formas de decir influyen decididamente en el contenido.

Hasta hace muy poco, eran prácticamente uniformes las maneras de denominar a las mujeres. Generalizaré diciendo que era habitual referirse a ellas por el nombre de pila, mientras que para los hombres se operaba de otra manera. No es que ahora no pase: llamarlas por el nombre (incluso con un mote o un diminutivo) y no por el apellido es una manera habitual de intentar atacar o criticar a las políticas, a las ministras, por ejemplo, pero apuntan casos que muestran que la lengua permite tratar igualitariamente a ambos sexos. Veamos una noticia aparecida en *El País* en diciembre de 2006, bajo el siguiente titular: «Dos concejales del PP en Tarragona se dan de baja»:

Maria Mercè Martorell y Esteve Ortiz, ambos del Partido Popular y concejales de Patrimonio y Relaciones Ciudadanas en el Ayuntamiento de Tarragona (donde CiD pactó con el PP), se han dado de baja de su partido. [...]. Martorell y Ortiz tomaron la decisión después de que Francesc Ricomà hiciera público que no volvería a encabezar la lista municipal del PP.

En ella, en un primer momento, se denomina tanto a la concejala como al concejal por su nombre y apellido; más tarde lo hace simplemente con el apellido; en los dos casos se usa un modo simétrico e igualitario. También es fácil observar que la lengua permite poner

indistintamente en primer lugar a cualquiera de los dos sexos; en esta noticia se ha escogido poner en primer término a la mujer.

Otro cambio interesante es la aparición de dobles formas; de momento, de forma tímida. Habrá que ver si este cambio se consolida. Para algunos términos parece que sí; citaré tres que cada vez aparecen más frecuentemente.

Así, en una noticia de *El País*, aparecida en septiembre de 2008, titulada «Aznar niega la paternidad», se podían ver de lado las palabras «hija» e «hijo» (no en este orden, pero el orden de aparición ya se ha visto que es cambiante). En concordancia con ello, hacia el final de la noticia, se usa una forma genérica para referirse a esta posible descendencia.

José María Aznar se sintió ayer forzado a desmentir la presunta paternidad *del hijo o hija* que Rachida Dati alberga en su vientre, después de que un rumor en este sentido empezara a traspasar la frontera que separa el chascarrillo callejero del presunto periodismo. De nuevo fue un sitio web —en este caso, del periódico electrónico marroquí *L'Observateur*— el que expandió el bulo. Sin identificar fuente alguna, atribuía la paternidad de la *criatura* al ex presidente del Gobierno español.

Otro cambio es que cada vez se usa menos la palabra «hombre» en solitario para referirse al género humano. En un artículo, «El cuatro», de Joana Bonet aparecido en *La Vanguardia* en mayo de 2009, que, paradójicamente versaba en parte sobre fútbol, se puede leer:

Aunque según Cruyff hay una diferencia insalvable: «En el fútbol los jugadores y sus egos están al servicio del equipo. En cambio en la política se usa a un equipo en beneficio de un individuo». El país, y Europa, tan necesitados de *hombres y mujeres* que jueguen «de cuatro».

El tercero, muestra una pareja muy habitual en las páginas culturales de los diarios. La podemos ver en el destacado (económico, por definición) de un artículo de *La Vanguardia* de noviembre de 2008, «Son muy simpáticos»:

El buen trabajo de *actores y actrices* fluye naturalmente en el terreno de la comedia urbana.

En otro orden de cosas, hay cambios que de entrada me sorprendieron doblemente: en primer lugar, por inesperados; en segundo, porque no son inducidos, no son producto de propuestas para modificar el lenguaje, sino que responden a un cambio de perspectiva de quien los usa, de otra manera de estar en el mundo. Es cada vez más frecuente, por ejemplo, que las periodistas hablen de ellas mismas en femenino usando la palabra «una». Veamos una muestra de la periodista Montserrat Domínguez, participante también en este Seminario. Lo hallé en el artículo de *La Vanguardia*, «¿Quién teme a Sarah Palin?», de septiembre de 2008.

Cuando *una* ve a Sarah Palin con un rifle entre las manos —lo maneja perfectamente—, o apoyada en el sofá de su despacho en Anchorage, decorado con la piel y la cabeza disecada de un enorme oso —cazado por su propio padre—, no puede por menos que preguntar quién en su sano juicio duda de si esta mujer está preparada para ser comandante en jefe del mayor ejército del mundo.

Con estas pocas líneas espero haber mostrado algún detalle del tratamiento de las mujeres en la prensa y, al mismo tiempo, que es baladí hablar de si cambio, sí, o de si cambio, no. Los cambios son una realidad en marcha que muestra, además, que algunos de sus caminos son afortunadamente inescrutables.